

Discurso Premio Ingeniero del Año, Colexio Oficial Enxeñeiros Telecomunicación de Galicia, A Toxa, 21 Octubre 2011.

Sr. Conselleiro de Economía e Industria

Sra. Secretaria Xeral de Modernización e Innovación Tecnolóxica,

Sr. Presidente de la CMT

Sr. Decano do Colexio Oficial de Enxeñeiros de Telecomunicación de Galicia,

Autoridades, empresarios, queridos compañeros y amigos todos.

Ya hace años, poco después de haber ganado la oposición de la cátedra que ocupo, un catedrático de la Universidad Politécnica de Madrid, con ese tono que sólo algunos catedráticos de la Politécnica son capaces de emplear, me espetó tras haber sido presentados: “me han dicho que tienes el mérito de saber rodearte de gente brillante”. La frase es tan cuidadosamente retorcida, que siempre me he preguntado si no me estaba llamando imbécil ante mis propias narices. Pero recuerdo que en aquel momento pensé que tenía razón (en lo de rodearme de gente brillante, claro).

El gran Isaac Netwon, en una carta a su rival Robert Hooke, escribió: “si he alcanzado a ver un poco más lejos, ha sido por subirme a hombros de gigantes”. Espero que mis compañeros, que hoy me honran con esta distinción, sean conscientes de que premiándome a mí, están reconociendo también a los muchos gigantes sobre los que me he encaramado. Tantas son esas personas a las que debería agradecer, que nombrarlas supondría aburriros a todos, y yo creo que muchos de los aquí presentes ya se han aburrido suficientemente en mis clases de transmisión digital. Permitidme por lo menos agruparlos y expresar mi gratitud a todos los que me han soportado sin quejarse durante estos años 20 años de profesión: mi familia y amigos, mis colegas de las Universidades de Vigo y New Mexico, mis compañeros de Gradiant, los socios que me han acompañado en diversas aventuras empresariales, los investigadores con

los que he tenido el privilegio de colaborar, las empresas que han creído en que nuestra investigación podía crear valor, las personas que me han confiado responsabilidades en Galicia, en Madrid y en EEUU, y mis antiguos alumnos, muchos de los cuales se sientan hoy aquí, y respiran aliviados convencidos de que hoy no van a tener que calcular ninguna probabilidad de error de bit.

Sí hay una persona a la que me gustaría recordar de un modo especial. Casi todos los telecos podemos identificar a un responsable de habernos inoculado en mayor o menor medida el virus de la telecomunicación. En mi caso, el virus estaba en la familia. Mi padre nació justo cuando la Guerra Civil comenzaba a revelarse como un conflicto de desgaste, así que fue uno de tantos niños de la postguerra que tuvieron que trabajar desde su adolescencia para ayudar a su familia a salir adelante. Aunque siguió estudiando, nunca consiguió terminar la carrera de perito industrial.

Mi padre había heredado de su tío Ramón un extraordinario legado. Su tío, muy interesado en la electrónica, había sido uno de los pioneros de la radio en Vigo a finales de los locos años 20. Supongo que mi padre fue el único familiar que mostró algún aprecio por aquellas enormes colecciones de tubos de vacío, resistencias y condensadores, así que terminaron siendo la semilla del laboratorio que instaló en el desván de nuestra casa, donde él pasaba largas horas, y yo subía para ver fascinado cómo el estaño se transformaba en un brillante líquido al contacto con el soldador. De los primeros 70 recuerdo los televisores del vecindario guardando una interminable cola en el pasillo de nuestra casa, esperando a que mi padre los adaptase para poder ver “la UHF” y a los vecinos insistiéndome cuando me veían jugando en la calle: “no te olvides de recordarle a tu padre que ya llevamos una semana sin televisor”.

Un día llegó a casa una caja procedente de Estados Unidos con un kit de Heathkit para montar un receptor de bandas de radioaficionado y, aunque le llevó su tiempo ponerlo a punto, acabó apasionándose de tal manera con la radioafición que se sacó su licencia (EA1BTE) y se convirtió en un loco más, dispuesto a pasar las noches en vela durante el concurso nacional de telegrafía. Como algo natural, cuando yo tenía doce o trece años, el equipo de Heathkit terminó en mi habitación, y yo también me hice radioescucha. De aquellos tiempos me queda el gusto, que aún conservo, por escuchar a los demás, y recuerdos imborrables de amaneceres veraniegos explorando la banda de 20 metros para captar a los radioaficionados de las islas del Pacífico.

Otro día, a mis catorce años, mi padre trajo algo que parecía un juguete, pero que resultó ser un ordenador: un VIC-20, del que hoy da risa decir que tenía 3,5 Kbytes de memoria RAM y 16 colores. Y allí nos lanzamos ambos, codo con codo, a aprender a programar en BASIC, despreocupados por si era elegante o no poner muchos GOTOs en un programa. Y con su Commodore-64 y su radio, se convirtió en uno de los pioneros del radioteletipo en España, capaz de algo tan asombroso por aquel entonces como intercambiar programas de ordenador vía radio.

Imagino que en pocos hogares de aquella España almodovariana de hace 30 años se respirarían tantos vapores TIC; visto en perspectiva, está claro que tanto yo, como mi hermano Roberto 7 años después, estábamos abocados a convertirnos en ingenieros de teleco. Con dos hijos telecos, no es extraño que siguiese con interés y orgullo los éxitos internacionales de las empresas gallegas. Recuerdo cómo se le iluminó la cara cuando hace poco le conté que una empresa con la que colaboramos estrechamente había llenado de transmisores las islas de la Polinesia. Pero el orgullo daba paso a la preocupación cuando, acostumbrado como estaba al

anonimato de la radioafición, veía cómo el afán de protagonismo de algunos ponía en peligro la cohesión de todo un sector.

Quienes me conocen, saben que nunca he sido simpatizante de la marca de la manzana. Y aun declarando públicamente que nunca me pondré una camiseta con su foto en dos colores, a lo Ché Guevara, reconozco que Steve Jobs, de quien tanto se ha dicho estos días, ha sido el gran visionario de la última década. Me gustaría rescatar una cita de su famoso discurso de inauguración de curso en Stanford: “casi todo—toda expectativa externa, todo orgullo, todo miedo a la vergüenza o al fracaso—se desploma frente a la muerte, dejando sólo aquello que es verdaderamente importante. No hay razón para no seguir a tu corazón.” La frase podría perfectamente haber sido pronunciada por mi padre; él me enseñó a hacer caso al corazón, a pensar en diagonal, y a dejar de lado el miedo al fracaso. En mi vida profesional siempre he tratado con fervor de seguir esta máxima. Naturalmente, como cabe suponer, cuando uno no tiene miedo al fracaso, acaba fracasando. Por ejemplo, aunque ya ha pasado más de una década, todavía me escuece el naufragio de nuestra primera spin-off. Hicimos mal todo lo que podía hacerse mal, incluidas cosas que era imposible hacer mal. En EE.UU., donde los niños crecen sin ese miedo católico al ridículo, se dice que de diez veces que lo intentas, una te saldrá bien; en España no se dice, se restriega: “si ya decía yo que iba a salir mal”. Sin embargo, yo he tenido la suerte de que mi familia y mis amigos no se ensañasen con los fracasos y me animasen a volver a intentarlo. Gracias a ello, algunas iniciativas han salido algo mejor. Mi padre, que sabía que se aprende mucho más de los fracasos que encadenando éxitos, seguramente había leído una maravillosa frase del economista italiano Vilfredo Pareto que dice: “dame un fecundo error, henchido de semillas, lleno a reventar de sus propias correcciones. Tú puedes quedarte con la estéril verdad.”

Este pasado mes de mayo, hoy hace precisamente cinco meses, una de esas enfermedades que los médicos aún no alcanzan a diagnosticar, cuanto menos a tratar, nos arrebató a mi padre. Y tan en las venas llevaba su pasión por las matemáticas, la física y la tecnología, que en sus últimos momentos sólo alcanzaba a mascullar cifras y ecuaciones. Él supo transmitirme esa pasión, y por eso hoy estoy aquí, subido a sus hombros, subido a los de otros muchos, recogiendo este premio que, en realidad, es de ellos. Muchas gracias.